

La memoria, ¿el peor enemigo de los colombianos?*

*Juanita León***

Suráfrica, cuya historia de atrocidades es similar a la de Colombia, basó su proceso de paz en la sanación de los recuerdos de las víctimas. En Colombia, ya surge la pregunta de qué se perdona y cómo.

RESUMEN

El presente artículo periodístico insinúa la necesidad de sanar la memoria de los atroces crímenes cometidos en el conflicto interno de Colombia, no ignorándolos u olvidándolos sino precisamente recordándolos y perdonándolos para producir una sanación en el psiquismo y en la conciencia.

El caso presentado de la República Surafricana se postula como ejemplo de un logro obtenido tras un largo conflicto similar al colombiano.

¿Qué mecanismo ayudaría a los colombianos a encontrar un camino parecido? ¿Qué lugar ocuparían en ellos la Iglesia y la sociedad civil?

* * *

* Transcripción del artículo publicado en el periódico *El Tiempo*, de Santafé de Bogotá, el 14 de marzo de 1999.

** Abogada, Universidad de Los Andes, Santafé de Bogotá. *Magister* en periodismo, Columbia University, Nueva York. Actualmente es redactora del periódico *El Tiempo*, Santafé de Bogotá, Colombia.

A los colombianos siempre se les acusa de amnésicos. Sin embargo, ‘Tirofijo’ aún se acuerda que hace años el Ejército le robó varias gallinas y otros tantos marranos. Y Carlos Castaño no olvida que la guerrilla le devolvió a su papá muerto a cambio de un millonario rescate. Y con seguridad el hermano del joven cuya cabeza se convirtió en balón de fútbol de la guerrilla también tiene grabado ese día.

Por eso la paz en Colombia tendrá que pasar en algún momento por el debate sobre cómo sanar la memoria de los colombianos.

Todos los países que han querido dejar atrás un pasado violento han tenido que decidir qué se perdona y qué se olvida, y sobre todo, cómo se perdona y se olvida.

Este punto fue crucial, por ejemplo, cuando Nelson Mandela y su partido –con el respaldo de más del 85% de la población– negociaron con el entonces presidente de Suráfrica, P.W. de Klerk, una transición pacífica a la democracia.

El Congreso Nacional Africano, CNA, de Mandela hubiera podido realizarle al régimen blanco un juicio al estilo de los de Nuremberg. O hubiese podido asumir una política de perdón y olvido, como la que adoptó Chile o Argentina.

Pero lo primero hubiese provocado la retaliación de los blancos, cuya participación –sobre todo económica– era necesaria en la construcción del nuevo país. Y lo segundo, hubiese desconocido el dolor de muchas víctimas y abriéndole otra compuerta a la violencia. Entonces emprendieron el camino intermedio y crearon la Comisión de Verdad y Reconciliación para que investigara las violaciones atroces de derechos humanos cometidas entre 1960 y 1993, período durante el cual tuvo su apogeo el *apartheid*.

«La Comisión de Verdad y Reconciliación nos ayudó a quitarnos las vendas de los ojos», dice Michael Lapsley, un sacerdote blanco que luchó desde el púlpito contra las políticas racistas del régimen. Aunque el gobierno le voló las dos manos y un ojo con una revista-bomba religiosa que le envió, dice: «Sentamos las bases para un proceso de reconciliación.»

DIFERENCIAS Y SIMILITUDES

La violenta historia de Suráfrica es diferente de la de Colombia en muchos sentidos. Allí el conflicto era principalmente racial. Desde 1948 hasta 1993 cuando Nelson Mandela llega al poder, el gobierno de la minoría blanca o del *apartheid* no sólo le

negó a la población negra y mestiza el derecho a votar, a asociarse políticamente e incluso a moverse libremente en la ciudad, sino que arrestó sin juicio a más de 80.000 personas, torturó a más de 10.000 detenidos y asesinó a más de 12.000 civiles, cientos de ellos reconocidos activistas políticos.

El movimiento negro de liberación inspirado por Mandela desde la cárcel gozaba de un reconocimiento político internacional y de una legitimidad interna del cual carecen los actores armados colombianos, a juzgar por las encuestas de opinión.

Este movimiento, bajo el mando del CNA, contó durante todos los años de lucha con el apoyo decidido de la mayoría de la población de color, que nunca dejó de movilizarse contra el gobierno. Los jóvenes hacían huelgas estudiantiles, los obreros inmovilizaban el país con sus paros laborales, las mujeres violaban deliberadamente los toques de queda para ser arrestadas en masa.

Y otros, los más radicales, entraban a la guerrilla del CNA. Esta atacaba principalmente las instalaciones del gobierno, aunque también cometió atrocidades como el famoso *necklacing*, que consistía en quemar a la gente viva poniéndole una llanta al cuello y prendiéndole fuego.

La legitimidad del gobierno del *apartheid*, representado por el Partido Nacional, se fue resquebrajando a medida que agudizaba las violaciones de derechos humanos hasta el punto que fue objeto de un bloqueo internacional que destruyó su economía.

Y por último, a diferencia de Colombia, en ese país del cono sur africano siempre estuvo claro quiénes eran las víctimas y quiénes los *perpetrators* (los malos).

No obstante estas diferencias, los conflictos de estos países tienen una cosa en común: en Suráfrica –como en Colombia– existía entre la población un odio visceral.

La historia de los campesinos asesinados con las motosierras que escandalizó a los colombianos tiene su equivalente en ese país.

El año pasado se supo, por ejemplo, que varios activistas políticos fueron incinerados por la policía. Un hecho que no sorprendió a nadie. Lo que causó indignación es que mientras ellos se chamuscaban a los ojos de sus verdugos, los

policías tomaban cerveza y asaban su carne a la parrilla; el ejército blanco con sus escuadrones de la muerte no solo torturó y desapareció a muchas personas, sino que llegó a invertir millones de dólares en un proyecto de armas biológicas para atacar a la población de color con partículas cancerosas y en experimentos para descubrir una vacuna que esterilizara a las mujeres negras.

El trabajo de la Comisión duró tres años y concluyó con un informe publicado el 31 de octubre pasado, en el cual los testimonios de las víctimas, junto con las confesiones de miles de criminales que solicitaron amnistía, sirvieron para reconstruir la historia de Suráfrica y abrir un nuevo capítulo en la vida de ese país.

LOS TESTIMONIOS

El día en que se celebra la primera audiencia del Comité de Derechos Humanos en 1996, el salón principal de la alcaldía de East London está atiborrado. Uno de los comisionados entona un himno famoso de reconciliación mientras el arzobispo Desmond Tutu inaugura la audiencia implorándole a Dios orientación para enmendar las heridas causadas en las mentes y los cuerpos de aquellos que sufrieron. Se prende un gran cirio y cada uno de los 17 comisionados estrecha la mano de las víctimas que declararán ese día. Esa sesión, como las miles que se celebraron después en todo el país, se transmitirá en directo por televisión y radio a todos los rincones de Suráfrica.

Una de las Comisionadas toma la palabra:

– Baba nos hablará sobre lo que hizo el hombre que se llegó a conocer como «el Rambo de la Península». El policía que se conoce como Barnard. Podría decirnos, Baba, lo que pasó el día en que ocurrió este incidente?

– Baba: Oí que nos estaban atacando. Corrí. Mientras estábamos allí, una *van* se acercó. Una *van* blanca conducida por Barnard. Cuando pasó nos dijo que teníamos cinco minutos para dispersarnos. Entonces la gente preguntó, ¿Por qué quiere que nos dispersemos, si es una reunión pequeña?

Yo quería saber qué iba a responder este hombre blanco. Me acerqué al carro... Este hombre blanco abrió la puerta y sacó su revólver. Traté de mirar por la ventana y lo miré directamente a los ojos.

Este hombre blanco dijo en *afrikaans* (la lengua de los blancos) 'Usted va a encontrar lo que está buscando. Y le voy a disparar'. Yo quedé en *shock*... Luego

óf un ruido fuerte, que sonó como si una piedra golpeará una pileta. Pero decidí no correr. Sabía que si corría, me iban a disparar... pero los disparos seguían. Cuando llegué a un lugar en el que creí encontrarme a salvo, sentí que algo me golpeaba la mejilla... Me quedé allí. Sentí ardor en los ojos, y mucha rasquiña. Sentí que alguien me pisaba el hombro derecho y decía: Pensé que este perro ya estaba muerto'.

–Comisionado: ¿Baba, tiene incrustadas algunas balas en su cuerpo todavía?

–Baba: Sí, varias. Algunas en mi cuello. Aún me da mucho dolor de cabeza. Yo siempre fui gordo, pero después de eso perdí todo mi cuerpo. Ahora soy flaco, como me ven.

–Comisionado: ¿Cómo se siente, Baba, viniendo aquí a contarnos su historia?

–Baba: Lo que me ha enfermado todo este tiempo es el hecho de no poder contar lo que sucedió. Pero ahora yo siento como si recuperara mi visión al venir aquí y contarles a ustedes lo que pasó.

El Arzobispo Tutu termina la audiencia de Lucas Baba Sikwepere diciendo: «Lo que hemos oído es una lección de humildad, pero debemos dejar realmente atrás este terrible pasado y decir: la vida es para vivirla.»

A esta sesión le siguieron muchas más. Los comisionados se repartieron en grupos de tres y viajaron por todo el país, escuchando el testimonio de más de 20.000 víctimas, en su propio territorio y delante de sus amigos y enemigos.

Simultáneamente al trabajo de este comité, el de Amnistía escuchó a los autores de las violaciones de derechos humanos que solicitaban un perdón a cambio de confesar sus crímenes. La Comisión recibió 7.200 solicitudes.

Si bien las audiencias de las víctimas habían conmovido a todo el país y generado toda una catarsis, los testimonios de los criminales cambiaron para siempre la historia de Suráfrica.

EL OTRO LADO DE LA HISTORIA

Es plena primavera en Pretoria, pero en el salón de la fundación donde se celebra la audiencia de amnistía de Craig Williamson se siente sólo frío. Williamson, un expolicía obeso de 49 años parecido a Pavarotti, relata cómo se infiltró en el movimiento de liberación negra haciéndose pasar por activista. Cuenta que conoció

a los Schoons en la universidad, cuando todos eran estudiantes. Añade que los visitó en el exilio un par de veces en Botswana.

– ¿Entonces, ¿usted se quedó en su casa? –pregunta el comisionado.

– Si, teníamos que conocer su casa para preparar el atentado, –responde Williamson.

Con su voz igualmente monótona narra cómo le ordenó a uno de sus agentes secretos que diseñara la carta-bomba que asesinaría a Jeannette Schoon, una reconocida activista contra el *apartheid*.

– ¿Es verdad que tras enterarse por los diarios que el operativo había sido exitoso, condecoró a su subordinado? –Indaga el comisionado.

– Sí, es correcto, –responde el expolicía, esquivando los ojos de Marius Schoon, y su hijo Fritz, de dieciseis años.

Marius frunce el ceño, la única vez que revela algo de emoción frente a Williamson. Fritz, impertérrito, se ajusta su audífono. Perdió parte de su audición cuando su madre abrió la carta-bomba de Williamson, y explotó a su lado junto con su hermana de seis años .

– ¿Qué lo llevó a cometer tal crimen? –pregunta el comisionado.

– Como miembro de la policía sudafricana pensaba que eran terroristas y que si no acababa con ellos, el comunismo se tomaría Sudáfrica, –responde el espía. Luego se voltea hacia los Schoons y les dice en el mismo tono: «Perdón, la niña de seis años nunca ha debido morir».

Marius no acepta sus disculpas y tampoco cree en su contrición. «Siempre pensé que estos criminales eran unos bastardos. Después de venir a la Comisión, simplemente lo confirmé», dice Schoons, que ya está cercano a los setenta años.

Perdonar a personas como Williamson es lo que más trabajo les ha costado a los surafricanos. «A veces me siento traicionando a la gente que quisimos, con la que compartimos chistes», dice Mkize Kampepe, una mujer negra de cuarenta años.

Aunque mucha gente comparte el sentimiento de Kampepe y las diferencias económicas entre blancos y negros son todavía muy marcadas, una encuesta

realizada hace unos meses reveló para sorpresa de muchos que mientras los blancos consideraban que la Comisión había revivido viejos odios, los negros opinaban que había creado las condiciones para construir un país más justo y ponerle punto final a la historia de violaciones de derechos humanos.

«Después de oír lo que nuestro gobierno hizo, me repugna pensar que creímos en ellos», dice Anne Marie McGregor, una mujer blanca de 50 años, que perdió a su hijo mientras prestaba su servicio militar obligatorio. «Me duele que mi hijo haya muerto tratando de combatir a esta gente que durante tantos años despreciamos y que ahora sé que es maravillosa», dice con voz temblorosa.

Tal vez reconocer eso es el mayor logro de este experimento en reconciliación.

Y Tutu lo explica mejor que nadie: «La experiencia de la Comisión demostró que tenemos una capacidad increíble para hacer el mal, todos nosotros», dice el arzobispo Desmond Tutu, quien como Mandela se ganó el Nobel de la Paz. «Pero también nos permitió sentir el júbilo de descubrir lo buenos que pueden ser los seres humanos. Nos permitió como nación reconocer la falibilidad del ser humano, narrar nuestras historias y sanar nuestros recuerdos.»

Si es verdad, como dice Tutu, que la memoria es la que determina las relaciones entre los seres humanos vale la pena preguntarse si detrás de cada guerrillero, paramilitar o soldado colombiano, no hay sino un niño cumpliendo su promesa de vengar la muerte de un papá, la violación de una hermana o la desaparición de un amigo.